

EL NEGRO TIMOTEO

PERIÓDICO POLÍTICO, SATÍRICO Y BURLESCO

SUSCRICION MENSUAL:

60 centésimos

ADMINISTRACION, COLONIA-95

SALE TODOS LOS DOMINGOS

TIENE EDITOR RESPONSABLE

NÚMERO SUELTO:

16 centésimos

PERMANENTE

SEÑOR DON JUAN D. SAFONS

PAYSANDÚ

La administracion le pide se sirva remitir las suscripciones que adeuda desde el mes de Julio hasta el de Diciembre próximo pasado.

Los Tres Gauchos Orientales

Nuestro aventajado compatriota y amigo el señor don Antonio D. Lussich nos ha obsequiado con un ejemplar de *Los Tres Gauchos Orientales*, producción que, como su nombre lo indica, está destinada á pintar las costumbres, el carácter y los sentimientos de los hombres del campo, á la vez que á reseñar los sucesos ocurridos en la República desde la revolucion encabezada por el general Aparicio hasta la eleccion presidencial del doctor Ellauri.

Al reconocernos incompetentes para hacer un juicio crítico acertado de la obra del señor Lussich, por sernos desconocido de todo punto el género literario á que ella pertenece, debemos no obstante confesar que su lectura nos ha proporcionado momentos de entretenido solaz.

El señor don José Hernandez, persona de innegables disposiciones para la poesia que ha dado nombre á Hidalgo y Ascasubi, y autor además de *Martin Fierro*, composicion semejante por las tendencias y el estilo al trabajo del señor Lussich, ya ha juzgado de la manera mas favorable la obra de nuestro inteligente amigo, estimulándole á proseguir en una carrera tan brillantemente comenzada.

La produccion á que nos referimos es digna de la proteccion del público, y no dudamos que esta no le faltará á la segunda edicion de *Los Tres Gauchos Orientales*, corregida y aumentada ahora, como no le faltó cuando fué impresa por primera vez en Buenos Aires.

Para que nuestros lectores puedan formar una idea del trabajo, y apreciar, aunque sea li-

geramente, su mérito literario, insertamos en la seccion *Variedades* dos de los episodios del libro, tomados al acaso, y en los cuales á nuestro entender hay exactitud y belleza de rasgos.

Solo nos resta tributar un aplauso al jóven poeta y agradecerle la fineza del regalo, permitiéndonos tambien dar al amigo una opinion, no un consejo;—y es que, asegurada ya su reputacion de buen escritor en el género campestre, aspire á conseguir gloria mas elevada en otro género mas en armonía con los fines del arte, enriqueciendo con nuevos é interesantes libros el escaso tesoro de nuestra literatura nacional.

Timoteo siempre en sus trece

Timoteo—Ya empiezan nuevamente las ranas á pedir rey. Ya tenemos á *El Ferro Carril* aceptando y aplaudiendo artículos en favor de la próruga de los poderes del Coronel Latorre. Ya principian, pues, los *jueguitos* del año pasado. *Oh! hombres hechos para la servidumbre*, como dijo Calígula.

Yo—Eso no lo dijo Calígula sino Tiberio. No hagas citas falsas.

Timoteo—Yo podria disculpar mi torpeza diciendo que hoy lo falso vale mas que lo verdadero, como v. g. la Dictadura, que es una *situacion falsa*, mas que el gobierno de la ley, que es una situacion verdadera; pero no quiero recurrir á las *chicanas*.

Yo—Haces bien, Timoteo.

Timoteo—Sí, señor, no soy hombre del Foro. Confieso haber trocado los frenos. ¿Pero qué tiene de extraño que yo caiga en renunciios, yo, un *pobrecito hablador*, cuando habladores de la talla de don Julio Herrera

Yo—Hablistas querrás decir, Timoteo. *Hablador* significa un hombre que habla mucho y sin necesidad, mientras que *hablista* es aquel que habla ó escribe con propiedad una lengua. Supongo que despues de esta explicacion rectificaras el término.



Timoteo—Lo rectifico, señor amo, aunque no le estaría mal aplicado al caballero don Julio. Pues como decía, no hay que extrañar que los pobrecitos habladores como yo se equivoquen alguna vez, cuando hablistas de la talla de don Julio ó de don Pablo De-Maria (y qué talla!) han dicho—el primero en el Club Universitario—que Shakespeare era alemán; y el segundo, en las columnas de *El Siglo*, que Sardanápalo había sido emperador de Roma!

Yo—La memoria no siempre es fiel, *Timoteo*.

Timoteo—Ya sé que es infiel en ocasiones, señor amo; y eso que toda memoria cristiana ha recibido el agua del bautismo. Y sino fuese infiel la memoria, créese su merced que el señor Montero seguiría siendo Ministro?

Yo—Porqué lo dices, hombre?

Timoteo—Porqué al aceptar el Ministerio después del 10 de Marzo, lo hizo á condiccion de que se procedería á las elecciones en el tiempo determinado por la ley. No hubo elecciones, y el señor Montero continúa desempeñando la Secretaría sin acordarse de la carta-programa que dirigió al Coronel Latorre. Ya vé su merced como convengo en que la memoria es infiel muchas veces . . . y en particular cuando importa que lo sea.

Yo—Estoy conforme. Pero volvamos si gustas al asunto de las ranas.

Timoteo—Repito que las ranas vuelven á pedir rey, desde el *charco* de la prensa llamado *El Ferro Carril*. Este admite y aplaude los artículos de *colaboracion* en pró de la *tinguitanga*. Qué quiere decir Cristo?

Yo—No te entiendo.

Timoteo—Quiero decir que ya empiezan los primeros tiroteos del nuevo combate que se piensa dar contra la Constitución.

Yo—Una golondrina no hace verano, *Timoteo*.

Timoteo—Pero es que los que piden la continuacion de la Dictadura no son golondrinas sino *golondrinos*. Y qué golondrinos, señor amo!

Yo—Déjate de bromas, *Timoteo*. Una opinion aislada poco importa.

Timoteo—Ah! señor, señor, *El Ferro Carril* hace *punta*. Ya verá su merced como dentro de poco le siguen todos los órganos ministeriales. Estos son como los carneros de Panurgo.

Yo—Cómo es eso? Consideras carneros á los diarios de la situacion?

Timoteo—Díes me libre de tan mal pensamiento! No señor, al darles el calificativo de carneros de Panurgo, me refiero á lo que cuenta Rabelais en su *Pantagruel*. Ya no recuerda su merced el cómico pasaje donde habla de unos carneros?

Yo—No hago memoria del cuento.

Timoteo—Si su merced fuera Ministro yo pensaría que lo había olvidado por conveniencia. Pero referiré el caso. Sucede que Panurgo, uno de los personajes de la sátira de Rabelais, emprende un viaje marítimo al país de las Linternas. Hallándose en alta mar tiene una disputa con un comerciante que llevaba unos cuantos carneros. Panurgo, queriendo vengar las injurias que le había dirigido su compañero de viaje, le compra un carnero, que en seguida arroja al agua.

Yo—Y los demás, arrastrados por los balidos del naufrago, se tiran de cabeza al mar. Ahora recuerdo el pasaje—No es así?

Timoteo—Justamente; todo el rebaño siguió el ejemplo, amo mio, por espíritu de imitacion—De modo que al calificar de carneros de Panurgo á los periodistas ministeriales, he pretendido manifestar que los *balidos* ó el ejemplo dado por *El Ferro-Carril* harán que se vayan echando al agua unos tras otros los escritores gubernivos.

Yo—Pues estás equivocado, *Timoteo*. La *Tribuna* rechaza la idea de prorogar la Dictadura. Ya vést tú; un diario redactado nada menos que por un hermano político del Gobernador.

Timoteo—Hola! Con qué *La Tribuna* rechaza la Dictadura?

Yo—He dicho que la idea de prorogar la situacion anormal que atravesamos. *La Tribuna* se declara por las elecciones. Luego si hay un periódico que hace *punta*, *Timoteo*. . .

Timoteo—Hay otro que hace *cola*. Bra visimo.

Yo—Explica tu pensamiento.

Timoteo—Digo que hace *cola* porque viene á formar hoy en las filas de los que hemos sostenido la doctrina legal. *La Tribuna*, que hasta ayer ha plañado por la continuacion de la Dictadura, dá hoy un cambio de frente! Qué burro se andará por morir? como dicen los paisanos.

Yo—Es que, para el redactor de *La Tribuna*, hoy han cambiado los tiempos. Ya no se encuentra el país en las mismas condiciones del año 1876. La próroga fué justa y razonable entonces; pero no ahora que ya hay orden en el laberinto de la hacienda pública, plata en el tesoro nacional, calma en los espíritus y paz ocaviana en la República.

Timoteo—Lo que se ha conseguido en un año!

Yo—Hoy, agrega *La Tribuna*, predicar contra las elecciones, es combatir al Gobierno, contrariar los propósitos que este ha manifestado, trabajar en contra de la paz, del orden y hasta de la dignidad del ciudadano.

Timoteo—Eso escribe hoy el redactor de *La Tribuna*?

Yo—Eso lo escribe, *Timoteo*, con toda la fé de un corazon republicano—y añade que el Gobernador es el *primer apóstol* de tan altos pensamientos.

Timoteo—Cómo han cambiado las épocas! *La Tribuna* recién pide lo que hace un año venimos pidiendo los constitucionalistas! Por eso tengo razon cuando digo que si *El Ferro Carril* hace punta, *La Tribuna* hace cola. Y qué cola ha de tener el *constitucionalismo* de *La Tribuna*! Pero se me ocurre una idea, señor amo.

Yo—Cuál, *Timoteo*?

Timoteo—Que *La Tribuna* tal vez no opine así por el cambio de los tiempos, sino por otro motivo.

Yo—Por qué motivo?

Timoteo—Por qué quizá *La Tribuna* se haya avergonzado de que nosotros no tengamos Constitucion, cuando hasta los semi-salvajes sábitos del sultan tienen la suya!

Yo—No seas extravagante. *La Tribuna* no puede haber pensado tal cosa.

Timoteo—Pero yo soy muy dueño de pensarla. ¿Con qué quiere que se verifiquen las elecciones? Oh! bendita Constitucion de los turcos!

Yo—Y habrá comicios, *Timoteo*, porque esta es la voluntad del Dictador.

Timoteo—Dios lo ordena! como exclamaban los cruzados. Y entienda su merced que hablo de aquellos que se armaron en defensa del *Santo Sepulcro*, y no de los cruzados del general Flores, que no se armaron para defender á ningun *santo*, aunque lo hicieron para cavar un *sepulcro* á nuestra pobre nacion. En él arrojaron el cadáver de nuestra Constitucion, de nuestra riqueza y prosperidad. Y así la tiene su merced! *De aquellos polvos vienen los presentes todos*. Pero quienes votarán el dia del sufragio? Los mil ciudadanos (si los hay) que se han inscrito en toda la república?

Yo—No, *Timoteo*, se abrirá un nuevo plazo para la inscripcion, tan luego se conozca el resultado de la presente.

Timoteo—Alabado sea el *Supremo*, el Supremo de las alturas, y no el que tenemos en la tierra! Pero para mí, señor amo, ha de haber elecciones cuando la rana erie pelos. . . y sin querer hemos vuelto al tema de las ranas pidiendo rey.

Yo—Y porqué no ha de haberlas, si el Gobernador está resuelto á que el país entre en el orden regular?

Timoteo—No las habrá, señor amo, por las razones que espuse en nuestra última conver-

sacion. Denme un punto de apoyo y conmovré el mundo, gritaba un célebre matemático. Y yo digo—denme *confianza* y me inscribiré en el Registro y votaré el dia del sufragio. Pero ni el matemático encontró lo que deseaba, ni yo hallaré la *confianza* que necesito para acudir á un Juzgado de Paz.

Yo—Ya dará suficientes garantias el Gobernador.

Timoteo—Por escrito? Obras, obras, señor amo, y nada de manifiestos. El Gobernador puede querer y querrá, no lo dudo, las elecciones; pero la mayoría de los hombres de su círculo no las quieren. ¿Cómo han de quererlas si saben que cuando el país entre en caja se quedará sin turron el mayor número? Cómo han de quererlas de buena fé los que han coadyuvado á la prolongacion de este régimen anormal, lleno de incertidumbres y de peligros?

Yo—En parte tienes razon, *Timoteo*.

Timoteo—En parte solamente? La tengo en todo, señor amo, y no salgo de la mia. Si el Coronel Latorre quiere, de veras, que haya elecciones, comience á separar de su lado mucha gente que le perjudica, y rodéese de elementos que ofrezcan garantias morales á los ciudadanos. Entonces se han de llenar de nombres los Registros Cívicos.

Yo—Tú pides mucho, *Timoteo*.

Timoteo—Pido lo indispensable. Si así no lo hace el Coronel Latorre serán en vano sus programas y sus manifiestos. . . . y habrá otro nuevito allá para Noviembre ó Diciembre en que se diga—«Habiéndose abstenido el pueblo, el Gobierno actual prorroga sus poderes hasta el año próximo.» Y esto sucederá todos los años.

Yo—Mientras no se realizé lo que tú deseas?

Timoteo—Lo que desea el país, señor amo, lo que deseamos todos, y que unos callan por conveniencia y otros por miedo.

Yo—En cambio tú hablas clarito.

Timoteo—¿No le dicen *mentiras dulces* al Gobernador los que se llaman sus amigos? Yo le canto verdades, amargas en algunas ocasiones, pero mas convenientes al bien general que las mentiras dulces.

Yo—Quién sabe si el cambio de frente de *La Tribuna* no encuentra partidarios, *Timoteo*?

Timoteo—Ah! si encuentra partidarios *la voz del Sinaí*, estos tambien se parecerán á los carneros de Panurgo. Y nunca saldremos, señor amo, del círculo vicioso de las ranas y de los carneros.

Yo—La buena propaganda hace milagros.

Timoteo—Segun el apóstol que propague las

doctrinas. Pero nadie me saca de mis trece. Aunque todos los situacionistas, y el Dictador mas que todos, prediquen las inscripciones, todo será predicar en desierto mientras no se varíe de política. Afuera los elementos en que no hay confianza. . . . y despues todos iremos al Registro Cívico. De no, señor amo:

Seguirá la situacion,
Seguirá la *tinguitanga*,
Y los de *engaña-pichanga*
Sueños de reconstrucción:
El mamon como mamon
Siempre á la teta prendido,
El *de abajo* en el olvido,
El *de arriba* devorando,
Y á la patria gobernando
Un círculo reducido.

Un diálogo familiar

—Qué le parece, amigo secretario—convendría una parada el 25?

—Ya lo creo que convendría. A nosotros nos conviene todo lo que sea espectáculos guerreros. V. M. sabe qué á las muchedumbres se les entra por los ojos. Las fiestas militares sirven para dos objetos; para recrear al público bonachon, é imponer indirectamente á los enemigos.

—Entonces habrá parada. Qué fecha gloriosa, eh?

—Es la primera en los fastos de este continente. El 25 de Mayo fué como la piedra fundamental del templo de nuestra emancipacion política.

—Ya se me agachó con una versada. Hábleme para que le entienda. Que batalla ganó Artigas ese dia!

—Artigas? Perdone V. M. Los asuntos políticos le han trabucado la memoria.

—Cómo, no derrotó Artigas á los españoles el 25 de Mayo en la ciudad de San José?

—No señor, el 25 se dió el primer grito de libertad en Buenos-Aires, para romper las cadenas de la servidumbre.

—No me hable de servidumbre ni de cadenas. Esta conversacion no es de mi gusto.

—Haré lo que V. M. me ordena. Confieso que no debí mentar la sogá en casa del ahorcado.

—Piensa que no le comprendo la pulla? Pero dígame, y por qué le llaman ciudad de San José *de Mayo* á la ciudad de San José? Yo creía que era á consecuencia de una sableada que llevaron los españoles allá por el año 25.

—Jesus, Jesus, qué trascordado está V. M. Si en el año 25 no eran ya los españoles los dueños de la Banda Oriental! El año 25 dominaban los brasileros nuestro territorio.

—Ya verá que tiron de orejas le voy á pegar á Rigoletto. Pícaro loco, que me habia hecho tragar que el 25 de Mayo del año 25 habia obtenido la patria un triunfo en San José. Y me boleó el payaso. Pero ya me pagará la broma.

—V. M. no debía permitir semejantes chanzas á individuos de esa clase.

—Vd. no se meta en lo que no le importa. Yo doy confianza al que quiero, y no recibo observaciones de nadie.

—Dispéñeme V. M. Y á propósito de lo que conversábamos al principio, si V. M. me lo permite mañana le traeré dos historias de la República—una escrita por D. Isidoro De-Maria y la otra por el doctor Berra.

—El que escribe en *La Democracia*?

—El mismo, sí señor.

—Dios lo libre de traerme nada que pertenezca á los diarios principistas. En cuanto á la otra . . . pero á qué diablos me he de andar embarullando la cabeza? Búsqüeme un almanaque con aniversarios. Esto basta y sobra para hacer estudios.

—Está bien; pero yo creía. . . .

—Mire; ya le he dicho que Vd. no debe creer, ni pensar, ni opinar nada sin mi consentimiento. Y cuidadito conmigo. Vaya! tome un caramelo para que se le endulce la garganta.

—V. M. me trata lo mismo que al sordo Puentes.

—Que sordo diablo! Pero medio me lo *jaboné* la última vez que nos vimos.

—Oh! V. M. entre broma y broma se le iba al alma.

—Y tambien al cuerpo. Ya no recuerda como lo estuve manoteando? Uno tiene que portarse como quien es en algunas ocasiones.—¿Quiere alcanzarme el cepillo?

—Yo le quitaré el polvo de la ropa.

—Bueno, ya que vd. se empeña! Hombre, y ya que me habló de alma, vd. cree en la existencia de esa cosa?

—Y V. M. qué opina?

—Responda á mi pregunta y déjese de retruermarme.

—Pero no me acaba de decir que yo debo pensar, creer y opinar como V. M.?

—Le doy permiso por esta vez para que tenga un pensamiento propio. Vamos á ver, cree vd. en la existencia del alma?

—Sí, señor, como lo manda nuestra santa madre Iglesia.

—Vd. no tendria precio para fraile. Siempre

anda con su religion á las vueltas, y con sus Jesus en la boca y sus Ave Maria Purisima en la lengua.

—Y en el corazon tambien. Soy ferviente católico.

—Sí, ahora; pero vd ha sido. . . . En fin no hablemos de lo que ha sido, con tal de que siga siendo lo que es.

—Un humilde servidor de V. M. y del honrado gobierno. Un constante propagandista de las glorias y un leal amigo de V. M.

—Lo creo, lo creo. Pero tocando otra vez el asunto del alma, quiero que vd. me diga si cree que los animales la tengan.

—Segun y conforme. Hay animales. . .

—Como el loco por ejemplo.

—Y como V. M. y yo. . . .

—Qué es eso? Baje la prima.

—V. M. me cortó la palabra sin dejarme acabar el pensamiento. Digo que los animales racionales la tienen, pero no los cuadrúpedos, ni los demás seres de la misma especie.

—Y los mamones—los mamones tienen alma?

—Qué preguntas, señor, qué preguntas! V. M. desea divertirse.

—Bien, dejemos este asunto, que parece no es de su agrado, y prepárese para la revista del 25. Deseo que me acompañe.

—Con muchísimo placer.

—Quiero ver que tal figura presenta vd. á caballo.

—A caballo, señor? Si no soy ginete.

—Yo le haré dar un matungo—y Vd. y el loco irán conmigo á la revista.

—Santa madre de Dios! V. M. quiere que el pueblo se ría de mí?

—Por qué, señor secretario?

—Porque estoy seguro que Rigoletto es capaz de hacerme cualquier diablura para que el carron me tire al suelo. Si V. M. insiste, desde ya renunció indeclinablemente la Secretaría.

—Bueno, no irá el loco. Prefiero esto á privarme de sus servicios. Si vá á parecer Vd. un gaucho hecho y derecho! Vengase de pantalon negro, chaleco blanco y frac azul, eh? De toda gala. Mi intencion es que luzca Vd.

—Yo creo que la intencion de V. M. es otra. Pues vaya, qué traje de lucimiento! ¿V. M. quiere exponerme al ridículo?

—Entonces lárquese como le dé la gana. Pero no me falte ese dia.

—Haré un sacrificio, aunque mas no sea por el aniversario que conmemora. Qué gran dia, señor, qué gran dia! El 25 de Mayo fué el primer fulgor del incendio revolucionario, el pri-

mer canto de la epopeya empezada en Buenos Aires y terminada en Ayacucho.

—Otro floreo. Ya sabe Vd. que no me gustan los hombres fantásticos. Pero á la verdad que esa fué una guerra de gigantes. Quién fuera San Martin!

—V. M. está mucho mas arriba que el vencedor de los Andes.

—San Martin fué vencedor de Sandes? Aquí sí que se le disparó la caballada.

—No he hablado del Coronel Sandes sino de la sierra.

—Del Coronel de la Sierra? Mire que no soy sordo. Vd. habló de Sandes.

—Me refería á la cordillera de los Andes, una montaña que cruza la América de Norte á Sur.

—Ah! Habia escuchado mal. Entiendo, entiendo.

—Pues V. M. como decia ocupará un lugar en la historia mucho mas elevado que el de San Martin. V. M. ha hecho proezas que ni el otro las soñaba. Solo un Polibio podría contar las hazañas de V. M.

—Yo conozco un mozo de ese nombre, pero no me parece. . . . En fin, todo puede ser.

—Digo un Polibio refiriéndome al célebre historiador griego. He de traerle tambien los fragmentos de la *Historia* que dejó escrita, para que V. M. entretenga sus ocios con la lectura.

—Para qué? Vd. sabe que yo entretengo mis ocios con Rigoletto. No se moleste con su historia. Pero aquí está el loco. En nombrando al ruin de Roma, luego asoma.

—Con el permiso de V. M. me voy retirar.

—Eh! no le gustan las bromas del loco? Bueno, hasta mañana. Y apróntese para la revista. Ahora tú, loco—toma un tiron de orejas por pícaro.

VARIEDADES

Centurion saliendo á campaña

En mi puesto me encontraba
 Con un terne divertido,
 Pegándole decidido
 A una jugada de taba,
 Cuando ví que se acercaba
 Un soldao de Polecía,
 El que al galope venia,
 Y hasta el cerco se allegó
 Sin tapujos, y me dió
 Un oficio que traía.

Lo mandaba el comisario
De la seccion del Minuano;
¡Medio diablon el paisano!
Y pá los nuestros corsario.

Me decia en el escrito:
—«Amigo don Centurion,
Es llegada la ocasion
De aprontarse pá este frito;
Aparicio pegó el grito,
Nos acaba de invadir;
Yo aurita salgo á riunir,
Tenga listos pingo y lanza,
Que mañana á mas tardanza
En su busca hemos de dir».

Sin siquiera esperar nada
Las pilchas á luz saqué;
El sable y muarra limpié
Desponido á la llamada.

De un facon que tenia allí
Y de tacuara una caña,
Hice una lanza tamaña!
Poniéndole un tongorí.

Dejé el puesto al capataz
Con la haciendita y el rancho,
Y dije—¡Ya está el carancho!
Que se vengán los demás.

Me alcé con tuito mi apero,
Freno rico y de coscoja,
Riendas nuevitas en hoja
Y trenzadas con esmero:
Linda carona de cuero
De vaca, muy bien curtida;
Hasta una manta fornida
Me truje de entre las carchas,
Y aunque el chapiao no es pá marchas
Lo chanté al pingo en seguida.

Hice sudar el bolsillo
Porque nunca fí tacaño;
Traiba un poncho nuevo é paño
Que me alcanzaba al tobillo;
Y un machazo coginillo
Pá descansar mi osamenta;
Quise pasar la tormenta
Guarecido de hambre y frio,
Sin dejar del pilcherío
Ni una argolla ferrugienta.

Mis espuelas macumbé,
Mi rebenque con virólas,
Rico facon, güenas bolas
Manea y bozal saqué.

Dentro el tirador dejé
Diez pesos en plata blanca,
Pá allegarme á cualquier banca
Pues al naipe tengo apegó,
Y á mas presumo en el juego
No tener la mano manca!

Copas, fiador y pretal,
Estribos y cabezadas,
Con nuestras armas bordadas
De la gran Banda Oriental.
No he güelto á ver uno igual
Recao tan cumpa y paquete,
Ahijuna! encima del flete
Como un sol aquello era,
¡Ni recordarlo quisiera!
¡Pá qué, si es al santo cuete!

Monté un pingo barbiador
Como una luz de ligero,
Pucha! si pá un entrevero
Era cosa superior.
Su cuerpo daba calor,
Y el herraje que llevaba
Como la luna brillaba
Al salir tras de una loma;
Yo con orgullo, y no es broma,
En su lomo me sentaba.

A los tientos del recao
Puse el poncho y até el lazo;
Tambien arreglé de paso
Un maniador bien sobao,
Y pá estar de tuito aviao
Hice estacas y maeta;
A mas zampé en la maleta
Una muda é ropa nueva,
Y diay salí de mi cueva
Mas cargao que una carreta.

Luciano Santos se hace matrero

Y DESPUES CAE EN PODER DEL GENERAL

BORGES

Busqué en los montes guarida
Poniéndome de matrero,
Sin ser ladron ni cuatrero
Ni asesino de partida.
Lo prometí por mi vida
Y mi palabra cumplí,
Humano yo siempre fí,
Jamás se manchó mi lanza,
Y en cuanto vide matanza
Al matador perseguí.

Algunas veces de día
Hasta mi rancho llegaba,
Y á mi familia encontraba
Pensando en la ausencia mía.
Pero una partida un día
En las casas me aguaitó,
Y ni tiempo me dejó
Para boliármele al flete,
Y lo mesmo que á zoquete
Sobre un matungo me ató.

—
Mi protetora llorando
Jué á pedirme al oficial,
Y á mi prenda le dió el mal
De verme estar maniatando.
Yo de rabia iba temblando
Contra tuita aquella gente
Que ansí tan cobardemente
Hacian burla del dolor—
Al recordar tal rigor
Mi corazon se risiente

—
Me llevaba esa camada
Sobre el lomo de un matao,
Tuito el cuerpo enchalecao
Con una guasca mojada;
Qué sufrir! no he visto nada
Pá poderse comparar;
No me dejaban de hartar
A insultos y maldiciones,
Sin contar los escorzones
Que chupaba en el marchar.

—
No Borges había campao
Por la noche á un corto trecho
De mi rancho, en un repecho
Del que me vide bombeao.
A su carpa fi llevao,
Me preguntó á quien servía:
Le retruqué que tenia
Familia pá mantener:
—«Algun palomo has de ser
Echenlo á la infantería».

—
La cabeza me pelaron,
Y quedó como zapallo,
Al ratito á mi caballo
Con otro lo acollararon.
Ahí no mas me mesturaron
Con gringos cuajaos de piojos,
Mas ordinarios que abrojos,
Conchavaos por cuatro riales
Pá esterminar orientales
Y engordar con sus despojos.

Vino el jefe de servicio
Y comenzó á aconsejarme,
Que él habia de enseñarme
A hacer bien el ejercicio,
Pero que tuviese juicio
Y resertar no pensase,
Porque allí se daba el pase
Al que hacerlo pretendiera,
Que yo alvertido viviera
Y ni en broma lo tratase.

—
Como lerdo nunca fi
Le dije:—Mi capitán,
Lo serviré con afán,
No tendrá queja de mí.
Y nunca saldré de aquí
Sin darle primero aviso,
Pá que me dé su permiso
Sigun mi comportacion;
Lo juro por mi facon,
Ó por la tierra que piso.

—«Ansí me gusta un tirano
Que marcha derecho viejo,»
Retrucó el oficialejo
Apretándome la mano:
Dijo que con un paisano
Jamás usaria rigor;
Se ofertó pá protetor
Si cometiera un delito
Ya no me gustaba el frito,
Por ser demasiao dotor.

—
Dispues de esc, al otro dia,
A pesar de la prosiada,
Me hizo dir á la carniada
Con los vendidos que habia.
Metido entre ellos me vía,
Una punta de matuchos,
Que pá la uña eran muy luchos,
Pero no pá un desempeño,
¡Y hab.a cada pedigüeño!
Solo el verlos daba chuchos.

—
Uno medio se florió,
Quiso agarrarme pá Cristo;
Yo que presumo de listo
La burla no me agradó.
A güen puerto atropelló!
Echó una suerte clavada!
Porque le dí tal sabliada
Que hasta el cielo se oia el grito,
Y gruñia ese maldito
Como una gata preñada!

—
Y ninguno de los otros
Se me pretendió arrimar,

Ansí los había de arriar
 Como una punta de potros.
 Es al cuete, con nosotros
 Nunca pueden los naciones—
 Les damos ciertas liciones
 Mejor que mestros de escuela
 Que joroben á su agüela
 Y dejen de ser chichones.

—
 Cuando el jefe supo el caso
 Me metió en un cepo tieso,
 Cayéndome á mas de eso
 Con cien azotes de lazo.
 Me ataron los piés, y al raso
 Dos noches duras pasé;
 Del capitan me acordé.
 Bien pude esperarle un año
 Jué su promesa un engaño
 Tal cual yo lo malicié

—
 Dábanme una triste presa
 De pulpa cuasi podrida;
 Es triste cosa en la vida
 Tener la suerte traviesa!
 Diay hice formal promesa
 Que en cuanto libre estuviera,
 Aunque morirme supiera
 Me les iba á escabullir,
 Y no lo habian de sentir
 Sino al ver mi polvadera.

—
 Yo cumplí lo prometido;
 Al tomar la libertá,
 Lo mesmo que el aperiá
 En un pajal busqué nido.
 Allí como hombre alvertido
 Lo pasé rigularon;
 Al dirme uñatié un facon,
 Mis boliadoras y un lazo,
 Pá poder salir del paso
 En cualesquier arriesgon.

—
 De entonces me hice matrero
 Como ya lo tengo dicho,
 Le tomé gusto al capricho
 Y me réi del mundo entero.
 Hice en el monte un potrero
 Y un ranchito macumbé,
 Y pá no quedarme á pié
 Tenia pingos de reserva,
 Y á mas tambien otra yerba
 Que por alto pasaré.

COSAS DE NEGRO

El Gobierno italiano ha puesto á precio la cabeza de cincuenta bandidos, siguiendo el ejemplo dado por don Domingo, el señor de Carapachay, que, siendo Presidente de la República Argentina, ofreció unos cuantos miles de pesos al que asesinara al general don Ricardo Lopez Jordan.

Bien dicen que un loco hace un ciento.

Solucion

AL SALTO DE CABALLO DEL NÚMERO ANTERIOR

Un retratista afamado
 hizo el retrato de Julia,
 y sorprendió á la tertulia
 por estar muy bien pintado,
 Mas repuso muy formal
 un chico de buen humor:
 yo creo que está mejor
 pintado el original.

El Gobierno, por razon de economia, ha suprimido el empleo de Inspector de Salubridad del mercado central.

En cambio ha aumentado el sueldo de los Jefes Políticos, asignando cuatrocientos pesos mensuales á los de campaña, y cuatrocientos cincuenta al de la capital, precisamente el que hoy trabaja menos.

Las economías de la administracion actual son por el estilo de las que hacia la mujer del cuento, aquella que gastaba las velas y guardaba los *cabitos*—es decir, son verdaderas economías de cabo de vela.

Telégrama

El corresponsal á *El Negro Timoteo*.

Mercedes, Mayo 18

Ayer nos ha llegado la noticia de que el doctor don Bonifacio Martinez habia sido nombrado nuestro Juez departamental.

La poblacion ha recibido con júbilo esta nueva.

Han empezado á subir los líquidos.
 No hay mas novedad.

Solucion

Á LAS CHARADAS DEL NÚMERO ANTERIOR

1°—Maldonado.

2°—Anciros.